

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat
4 de febrero de 2018
Job 7,1-4.6-7 / 1 Cor 9,16-19.22-23 / Mc 1,29-39

El fragmento del Evangelio que hemos leído hoy pertenece a la "Jornada de Cafarnaúm". Parece que el evangelista Marcos ha querido transmitir algunos elementos fundamentales que definen la vida de Jesús, con el recurso literario de describir uno de sus días "tipo", un día cualquiera de Jesús. Así nos invita a los oyentes del relato evangélico, como de paso, a hacer una reflexión de cómo nosotros vivimos el tiempo. La concepción cristiana del tiempo no es la del "carpe diem", aprovechando el tiempo presente al máximo, porque al final viene la muerte, la nada. Sino la de captar, en el momento presente, el *kairós*, el momento oportuno, que el paso de Dios, a menudo oculto, deja en el instante vivido con profundidad.

Por otro lado también nos podemos fijar en los espacios donde va Jesús, en este día cualquiera: la sinagoga (espacio sagrado); la casa, lugar de la vida familiar; la puerta de casa, el lugar de la vida pública; y el lugar solitario, donde va a orar.

No hay ningún espacio donde el mal no pueda aparecer envenenando las relaciones, empequeñeciendo los corazones, ahogando la respiración, creando miedos, incitando desconfianzas, estructuras de dominación y de poder, de desprecio, de falta de respeto. Pero tampoco hay ningún espacio donde Jesús no se pueda hacer presente, cuya energía es capaz de invertir los dinamismos de muerte y convertirlos en ternura y potencia de vida.

El domingo pasado escuchábamos en el Evangelio cómo Jesús en la Sinagoga, con su autoridad nueva, que no es como la de los escribas y fariseos, era capaz de echar al espíritu impuro sólo con la Palabra. También nosotros ahora estamos en un espacio de oración, escuchando palabras de autoridad, donde Jesús puede repetir el milagro y transformar nuestro espíritu. Si aprovechamos este instante, ahora y aquí, con profundidad, también sentiremos el paso oculto de Jesús, que nos transforma.

Curando la suegra de Pedro, Jesús entra en el ámbito familiar, y convierte el estado de fiebre y de postración de aquella mujer, en una nueva capacidad de vida y de servicio. El cristiano es enviado también a los hogares que le abren las puertas a confortar y fortalecer a los enfermos, poniendo esperanza y sentido a realidades que por sí mismas serían absurdas, experimentando también el paso oculto de Dios en su cotidianidad.

Y al atardecer, cuando se puso el sol, cuando Jesús posiblemente tenía ganas de descansar se encuentra en las puertas a todos los enfermos y endemoniados de la ciudad. Jesús pacientemente sale de casa y atiende aquella multitud maltratada por el poder del Mal. Como Jesús, también las necesidades concretas de los otros rompen nuestro confort, nos desinstalan, y pueden ser también el paso oculto de Jesús, que nos transforma.

De madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levanta, se va a un lugar solitario y allí se queda orando. En el diálogo íntimo con el Dios Abba, Jesús recobra la fuerza, el poder y la autoridad que salen de él, y descubre de nuevo su vocación y misión de ser el icono del Dios verdadero para la humanidad sufriente. Más allá de los reclamos de la gente de Cafarnaúm, levanta la cabeza hacia otros horizontes diciendo a sus discípulos " Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también

allí; que para eso he salido". También nosotros estamos llamados a anunciar el Reino de Dios en todo, a menudo de manera escondida, a través de nuestras actitudes evangélicas ... otras veces de manera explícita, si nos piden razón de nuestra fe. Hay conversaciones que se pueden convertir en un paso oculto de Jesús en nuestra cotidianidad.

Jesús resucitado se hace también ahora presente entre nosotros como el liberador, comunicándonos su Palabra de vida, llena de energía, de fuerza y de autoridad. Dejemos que él saque de nosotros todo espíritu malo: en el ámbito sagrado, en el familiar, en nuestras relaciones sociales. Buscando también, como hacía Jesús, momentos de soledad. En el silencio podemos escuchar la voz de Dios Padre, que restaura en nuestros corazones el espíritu libre de la filiación divina, serenándonos y dándonos la paz y la alegría, que sólo vienen del paso oculto de Dios en nuestros día de cada día.